





GORKA, SÍGUEME



Ángel Regil

GORKA, SÍGUEME



Primera edición: febrero 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ángel Regil

ISBN: 978-84-19151-30-8

ISBN digital: 978-84-19151-31-5

Depósito legal: M-4019-2022

Editorial Adarve

C/Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Esta novela está dedicada por entero  
a la maravillosa e insustituible Sonia.*

*Ella, desde aquel febrero de 2016, fue la instigadora, la responsable con sus palabras, de que continuara escribiendo lo que parecía ser una narración enredada que apenas tenía tres capítulos. Sonia alimentó mi dedicación a seguir escribiendo.*

*Ahora lamento, y mucho, no haber sido capaz de terminar esta novela a tiempo. Lo siento Sonia. En mi alma siempre permanecerás. Gracias.*

*Muchas gracias.*





Hola, hola, guapa niña.  
Contestarás con un hola.  
Tengo que releer lo soñado  
en mi atormentada mente,  
reparar otra vez lo escrito.

Otra vez la inspiración me desborda,  
la inspiración de la intriga  
que me tiene prisionero.  
Se oculta para otros instantes.  
Sonia, Sonia, ¡ayúdame!

Me rodean fuentes de inspiración.  
Ellas me guían en el camino a seguir.  
Me agradan las ideas, deberá ser así.  
Tendrás razón, niña, tú eres mi luz.  
Eres la causa de mi caminar.

Hay algo que no está.  
No estás en tu lugar, no pudo ser.  
Tus palabras se deslizan a mi lado.  
Me abrazas, te abrazo, beso tu cara.  
Retengo la frescura de tu piel.

Hay algo que no está bien.  
No tengo ahora cobijo en ti.  
Gracias. Sigo sintiendo igual.  
Existe demasiada distancia.  
Pero soy mucho más dichoso.

Eres tú, mi niña, maravillosa mujer.  
Eres tú, sí, eres tú, Sonia.



## ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Verano de 1997

Miembros de la Guardia Civil pertenecientes al GAR interceptan y confiscan en aguas del océano Atlántico una embarcación que transporta un alijo de 1.500 kilogramos de cocaína de extraordinaria pureza, procedente de Colombia, deteniendo a todos los miembros de la tripulación.

Un traficante mayorista ubicado en Madrid, que se hace llamar Maurizio Nicolae, es el único organizador de tal expedición. Dándose la circunstancia de que es la primera ocasión que lo realiza él independientemente sin la asociación con otros traficantes españoles, afrontando toda la financiación.

El perjuicio es inmenso para sus planes y compromisos con otros distribuidores de cocaína, aparte de su probable quiebra económica.

Maurizio improvisa e inicia unos planes mediante amenazas y tratando de sobornar a altos mandos de la Guardia Civil de España, únicos depositarios de toda la droga hasta su destrucción.

Responsables, que se ven muy amenazados, deciden ir entregándole parte de los 1.500 kilogramos.

El plan inicial de las autoridades españolas era asfixiar la venta de esa droga en La Rosilla, en Madrid, donde se había trasladado

el más importante menudeo de las dosis, desde el poblado de Los Focos, ante la presión policial y sanitaria.

Las entregas se organizan con la colaboración de algunos miembros del citado GAR que también se ven involucrados por las amenazas directas hacia miembros de ese grupo al conocer Maurizio identidades de algunos de los responsables del abordaje en alta mar, incluido un miembro de la DEA norteamericana que fue en su momento la agencia informante a las autoridades españolas sobre la operación desde su origen en Colombia y facilitó la señal de llamada internacional IMO/MMSI del barco, para su localización vía satélite y la ruta prevista hacia las costas españolas, donde, al ser imposible determinar con tiempo suficiente el lugar para la descarga y preparar un dispositivo policial en algún punto de la costa, se ordenó el abordaje en alta mar.

A partir de esa decisión de facilitar la droga a Maurizio Nicolae, y con toda la operación realizándose según el plan pactado, surgen circunstancias imprevistas que son las narradas en esta novela.

# Capítulo 1

Lunes 27.10.1997 – 22:00

Martes 28.10.1997 – 5:00

¿Qué demonios estaba haciendo?

¿Cómo puede haberme sucedido todo esto a mí?

Tranquilo, recuérdalo tal como ha ocurrido. Recuerda, no olvides nada, sería imperdonable. Imbécil, más que imbécil. ¡Quién te manda meterte en ese club!

Era lunes. El 27 de octubre de 1997. Imposible olvidarlo.

Mi memoria es muy buena para retener fechas y sobre todo ese lunes era un día muy importante, al menos para mí. Prometía la recuperación de una relación amorosa adormilada desde la primavera pasada.

Faltaban aún más de cuatro horas para que el avión de Marga Vimeux llegara al aeropuerto de Barajas terminal 1 de Internacional. ¡Mi francesita! Que era más pucelana que muchos de Valladolid. Y además nacida en Ledesma, provincia de Salamanca. ¡Qué alegría tenía! Sentía esas mariposas que dicen que revolotean dentro del estómago.

No hacía ni diez minutos terminaba de recoger todas las muestras de zapatos de mujer en sus cinco y muy negras maletas de fibra.

Con la ayuda del cliente y uno de sus dependientes las acercamos a mi coche y las introdujimos en el maletero.

Con Juan, un magnífico cliente y mejor persona, había transcurrido toda la tarde para hacer sus pedidos. Estaban en firme los surtidos de los modelos de *bottier* que deseaba para sus tres tiendas, para la temporada de primavera-verano del año siguiente. Los habíamos anotado cada uno de nosotros en nuestros borradores, sin más formalidad, ni siquiera fotografiarlos. Además, como ya suponía, debía haber sido mejor pedido que en otras campañas anteriores. Estaba contento. Ni lo habíamos valorado. Eran casi las diez de la noche.

Esa tarde en la tienda de Juan entraron más clientas de lo habitual. Se nos hizo ya algo tarde, así que, en vez de irnos a picar algo con un par de cervezas en la barra de un mesón ya frecuentado en otras ocasiones, nos separamos y él se marchó para su casa. Y yo, según tenía planeado, salía de viaje de trabajo con los muestrarios a León y otras localidades para el resto de esa semana. No dormiría esa noche en mi vivienda de Madrid con mi esposa, Laura.

Mi vehículo estaba estacionado en un aparcamiento público enfrente del comercio. Tenía cargadas otras nueve maletas con muestras de calzado, todas de mujer. Eran de otras dos colecciones por las que Juan no mostraba mucho interés. Más mi equipaje. Vamos, todo un transporte. Algo habitual en esta profesión.

Como a unos cien metros más abajo en la calle Leganitos estaba el Señorial Club.

Se me ocurrió entrar a tomar una copa de *whisky* para hacer algo de tiempo. Pero solo una copa y en buena compañía, eso por supuesto. Estaba, lógicamente, sin cenar. Los nervios de ver de nuevo a Marga no me dejarían comer nada. Me apetecía esa copa. Llevaba mucho tiempo sin tomármela y menos en un club de esos. Llevaba una vida bastante prudente, por llamarla de alguna manera.

Más tarde cenaría algo ligero por ahí, antes de coger mi coche y conducir hasta el aeropuerto. Tenía mucho tiempo por delante para recibir a besos a Marga.

En esos besos pensaba.

Ese club de alterne fue el primero que conocí en mi vida. Ese u otro que estaba en el mismo local. Tenía entonces diecisiete años y allí me llevó un compañero de la empresa donde trabajábamos los dos. Era mi inmediato superior. Santiago se llamaba.

A él le daba igual mi edad, suponiendo que le importara mucho como para bautizarme en un garito de aquellos. Solo bebimos un par de copas. Él quería ponerme en un aprieto y quien se apretó fue una mujer gallega, alta, morena, guapísima, con ojos encendidos de gata y mirada seductora.

Estábamos de pie arrimados a la barra. No separaba sus piernas de las mías. Primero acercaba las suyas a una de las mías y luego a la otra, según trataba de esquivarla, pero incapaz de evitar su pelvis.

No recuerdo bien cómo pude salir ileso de aquella mujer y de la erección que me provocó.

La verdad, yo no llevaba suficiente dinero y Santiago no me financiaba el encuentro sexual, si hubiera habido alguna oportunidad.

Sigue pareciendo que lo que pretendían las preciosas compañías era dejarnos sin dinero.

Qué gracioso aquel Santiago. Lo debió pasar muy bien a mi costa. Lo adivinaba a través de sus gruesas gafas de miope a tope de dioptrías. ¡Qué cabroncete más simpático!

Se me ocurrió pedir, a ver si tenían.

—Buenas noches. Un Canadian Club, en copa Glencairn, por favor —qué chorras estaba. Ese *whisky* lo tendrían, pero no sabrían dónde servírmelo.

Me sorprendió el barman. Allí mismo, a mi vista, sirvió el *bourbon* en esa copa. ¡Joder!

¡Joder! Otra vez y de verdad esta vez. Estaba de pie, apoyado en la barra del club, con mi copa en la mano, que aún no había llevado a mis labios, tratando de zafarme de una señorita o de un señorito, vaya usted a saber, que no era de mi agrado, cuando sentí en mi costado derecho que algo durísimo me apretaba y me producía un intenso dolor en las costillas.

—¡No te muevas, cabrón! ¿Ok? —me dice escupiendo a mi oreja un tío algo más alto que yo, yanqui, como averigüé después, y con ese acento que parecía de película.

—¡Deja dos mil pesetas sobre la barra y salgamos de aquí! No llames la atención, que te pego un tiro. ¡Me importas muy poco! ¿Ok? —otra vez me escupió saliva, esta vez en la mejilla. ¡Qué cerdo!

—Tienes un coche grande. Lo sé —afirmó—. Llévame donde esté.

Pensé en mentirle, pero casi me meaba de miedo. Además, entendí que me había estado vigilando.

No sé cómo pude andar calle arriba hasta alcanzar el aparcamiento de la plaza de Santo Domingo. Creo que iba como flotando sobre mis piernas. Y ese personaje a mi costado. No sé dónde llevaba el arma. Ni me di cuenta siquiera de que pasamos por la acera de enfrente de una comisaría de policía que lleva allí toda la vida.

Aboné con efectivo el tique en la ventanilla al cobrador con la tonta esperanza de que viera algo raro. Además, nos conocíamos. ¡En tantas ocasiones había estado allí pagando a ese mismo empleado! Pero es que no levantaba su mirada. ¡Mierda!

No tenía más opción que ir hasta donde tenía estacionado mi vehículo. Empecé a caminar. Lo llevaba pegado a mi lado. Al llegar me quedé inmóvil delante del portón trasero. ¿Qué sería lo siguiente?

—¿Qué es todo eso que llevas dentro del coche?

—Maletas... de mues... tras... de... zapatos... Soy represen... tante —tartamudeé sin poder evitarlo. Se veían todas perfectamente por las lunas transparentes del monovolumen.

—Mejor, así pasaremos desapercibidos. ¡Ok! —parecía satisfecho el maldito yanqui—. Nos confundirán con un equipo de ventas.

No sé por qué, pero empezaba a sentirme algo más tranquilo y seguro, sobre todo dentro de mi coche y al volante. Menudo cabrón. Ahora lo era él. Me obligaba a conducir. Yo lo prefería.



—¿Dónde vamos? —pregunté.

—¡Conduce! ¡Coge la plaza de Cibeles y llévame por Velázquez para salir de Madrid dirección a Burgos! ¡Y sin tonterías! No te hagas el héroe. ¿Ok?

—¿Y por la Castellana? —aún me atreví a razonar. A contradecirle.

—Velázquez. ¿Ok? No me gusta la Castellana.

Pensé que este tío debía estar viviendo en Madrid desde hacía algún tiempo. Sabía lo que quería o lo conocía al menos.

De todas las opciones, ¿coger Velázquez para salir en dirección Burgos? Bueno, pues también es válida.

Empecé a sentir miedo. ¡Miedo de verdad! Estaba asustado. Cuantos más minutos vivía agarrado al volante, y con fuerza para que no me temblaran las manos, más miedo se iba apoderando de mi cerebro.

Me alejaba, me distanciaba de mi punto de partida, de alguna referencia de seguridad.

Me invadía una sensación de ingravidez dentro de mis vísceras. Conducía como a ciegas.

Conocía perfectamente esas calles de Madrid, pero llegar a la calle Velázquez me supuso un desafío total.

La plaza de la Cibeles, al circular por ella, era una plaza como desconocida. Y no recuerdo cómo realicé el trayecto al ascender por la calle de Alcalá con destino a la Puerta de Alcalá.

Me dejé llevar por la marea de coches que subían por la calle Velázquez. Solo trataba de no tener un accidente.

Y encima ese cabronazo, desde que salimos del aparcamiento, no hacía otra cosa que preocuparse de quién nos seguía o de a quién teníamos a nuestros costados. ¡Joder! Me contagiaba su paranoia. Mis manos temblaban, ya no las dominaba. Mi pecho quería salirse. ¡Me sudaban hasta las piernas!

Cuando por fin me vi conduciendo por la autovía en dirección Burgos, y pasado San Sebastián de los Reyes, comencé a tranquilizarme. No había tanta circulación, ni semáforos. Pero estaba

asustado. Era de noche. Noche negra, sin apenas luna, que estaba terminando su fase menguante. Pocas estrellas. No las veía.

¿Qué haría conmigo? ¡La sensación que me producía el alejarme de Madrid!

No sabía cómo empezar una conversación. Él iba callado como un muerto. Muerto le quería yo, maldita mi suerte. ¡Maldición! ¿Y Marga? Aeropuerto. Se me puso un nudo en el pecho, en el estómago. Marga, Marga.

Hacía más de cuatro meses que no la veía, que no nos besábamos, que no hacíamos el amor. ¡Qué maravillosas tardes y qué maravillosas noches! Qué mujer más dulce. Cómo me aceptaba en su vida, sin pedirme nada a cambio. Éramos muy felices las horas que estábamos juntos.

Haría veinte días que hablamos por teléfono. Me comentó que se iría de viaje con sus alumnos a Atenas. Qué bien. Me alegré mucho por ella.

Nuestra cita a su regreso sería en Llegadas Internacionales del aeropuerto de Barajas, tal día como hoy, sobre las dos de la madrugada. Si nos encontrábamos, se vendría conmigo. Si yo no podía acudir, se iría con su grupo de alumnos en el autocar que tenían contratado.

Marga era profesora en la Universidad de Valladolid.

Podíamos habernos llamado ayer, por ejemplo, pero a los dos nos gustaba esa imprecisa forma de reencuentros. A Marga el no saber si me iba a encontrar a su disposición le aumentaba sus deseos e ilusiones. Y a mí. Eso de buscarnos con la mirada era excitante.

Elliot llevaba el revólver, un revólver muy oscuro, de esos de tambor, sí, de seis balas, encima de sus piernas y me apuntaba a mí. ¿Dónde me apuntaba? Qué importa. El agujero en mi cuerpo sería de cojones, seguro. De esos que se ven en las películas. Se me antojaba enorme esa arma, sobre todo la boca del cañón.

Cuando hice el servicio militar, había disparado en el campo de tiro con un fusil ametrallador, un cetme de calibre 7,62, creo recor-

dar, pero la bala de su arma debía ser como el doble de gorda. Y tan cerca en esos momentos de mí.

De improviso sonó un teléfono móvil. ¡Era el mío! ¡Qué sobresalto!

—Responde con manos libres y cuidado con lo que hablas. ¿Ok? —reaccionó rápido.

También él se había asustado.

Era mi esposa. Vi su nombre en la pantalla: Laura móvil. Conecté y pulsé el altavoz.

—Hola, perdona que no te haya llamado antes. Estoy de viaje. Me he entretenido con el cliente —no sabía qué decir.

—Desde luego, no te acuerdas de nadie, eres muy cómodo y un egoísta —me reprochó.

—Perdona. He estado cenando algo antes de coger el coche y con el tráfico que había he querido ponerme en carretera lo antes posible.

—¿Dónde vas a dormir? Ya me llamarás. Sin falta. ¡Eh!

—Descuida, así lo haré. ¿No lo hago siempre? Te diré dónde. En qué hotel estaré. Oye, oye, que estoy conduciendo.

—Mira que te conozco —contestó—. Tú eres capaz de irte del tirón a León.

—Vale, vale, que sí, que tranquila. Además, ya estoy cansado. Venga, tranquila. Besos y acuéstate —el jodido yanqui me arrebató el teléfono móvil y cortó la llamada.

¡Mierda, mierda! Como siempre, mintiéndole.

—¿León? —murmuró como para que no lo escuchara—. Suerte, ¿ok? No te van a echar en falta hasta mañana al menos.

Alzó esta vez la voz:

—Representante, qué bueno. ¡Venga, hacia Burgos! ¡Ja, ja, ja! Pero iremos después hasta Zaragoza. Te voy a volver loco —explozó de risa. Qué mierda de risa, qué risa más extraña. ¿Es que no sabía reírse como todo el mundo?

¡Me cago en tu padre!, pensé para mí.

Me parecía, en mi idiotez, que faltaba poco para Buitrago de Lozoya. Ya no existía una alternativa de carreteras con lógica des-

de ese punto en el que nos encontrábamos circulando para ir hacia Zaragoza. Solo muchos más kilómetros delante. Estaba tonto este imbécil de yanqui. O no tenía ni idea este secuestrador de por dónde ir a Zaragoza. Secuestrador es lo que era. Eso empecé a temerme.

—¡Mira tú! ¡No me jodas! —me salió del alma. Íbamos prácticamente solos en la autovía y, según mi costumbre, circulaba a más de 160 kilómetros por hora. Y con mayor motivo, para asegurarme que no me pegara un tiro.

Este tío no decía nada de ir a esa velocidad.

—¡Ahora no queda otra alternativa que pasar el puerto de Somosierra y, muchos kilómetros delante, cambiar de carretera para ir a Zaragoza!

Ahora el que escupía era yo.

Confieso que conduciendo a esas velocidades procuro vigilar algún posible radar de la Guardia Civil, pero ahora estaba deseando que me cazaran. Y que quizás más adelante me pararan para comunicarme la denuncia.

Mi mente negaba la posibilidad de que se armara un tiroteo y que hubiera heridos. Podía más mi deseo de acabar con esa situación que razonar por la seguridad de los demás. ¡Y menos por la de este cabrón!

—Elliot, me llamo Elliot. Y empiezas a caerme bien. ¿Ok? Soy de Estados Unidos, de Newport. ¿Lo conoces? No, claro. No habrás salido de este país. Allí se defendieron muchas Copa América de vela. ¡Va! ¡No es el caso! Quiero que pares el auto en alguna gasolinera. ¿Hace falta recargar el depósito de gasolina? Ya veo que no. Representante previsor, ¿eh? Vamos a estirar las piernas. Yo me llevaré tu móvil y las llaves del coche. ¿Ok? Y no tengas prisa en ir a Zaragoza. Ya iremos.

—Qué remedio —le contesté—. Quiero mear. ¿Me entiendes?

Este yanqui había dejado de preocuparse de que nos siguieran. Parecía más relajado.

Me contagiaba su tranquilidad.

¿Cuándo querría ir a Zaragoza? ¿Cuánto tiempo iba a tenerme así?

\*

Allí estábamos los dos, de pie dentro del servicio para hombres de un área de servicio abierta las veinticuatro horas, con cafetería y tienda, aliviando nuestras vejigas en los urinarios. A Elliot se le adivinaba perfectamente el revólver en el bolsillo izquierdo del Barbour Green que vestía. No lo sujetaba con ninguna mano, pero «Tratar de echar a correr en esta situación... —pensé—. No llego ni a la puerta». Estábamos solos.

—Vamos a cambiarnos la ropa. Tú me vas a dar esa americana, la camisa y la corbata que vistes —ordenó el yanqui—. Los pantalones, no. No me van a valer los tuyos, eres algo canijo.

Sí, medía como diez centímetros más de altura. Ahora lo podía comprobar.

Así que en nada de tiempo me vi vestido como un haragán. Me estaba enorme el Barbour. Elliot tenía como dos tallas más que yo. Y él, qué pintas llevaba. Estaba a punto de reventar la camisa y sin poder abrochar mi americana. El marrano arrojó mi corbata a una papelera, procurando que no se viera. No me atreví a mirar si la podría recuperar. Me había traspasado un cárdigan negro de pura lana. ¡Demonios, cómo picaba el condenado! Me estorbaba, aunque yo llevaba una camiseta de manga corta debajo.

—Espera, ponte al fondo. Sí, allí —me ordenó con tranquilidad.

Como seguíamos solos en aquella estancia, se acercó a mí e introdujo una mano en el bolsillo interior derecho del Barbour y sacó una bolsa de plástico transparente que contenía polvos blancos. Había sentido mucho peso al vestirme semejante prenda, pero no alcanzaba a saber el porqué. ¡Blancos! ¡Maldición, debía ser alguna droga!

Hizo que siguiera al fondo de la estancia, enseñándome el revólver. A ver dónde lo iba a esconder ahora, en mi americana no,

desde luego. Abrió un poco la bolsa y se colocó un poco de ese polvo blanco en el dorso de la otra mano. Fue visto y no visto, lo aspiró rápidamente por sus orificios nasales y me miró complacido.

Al rato estábamos sentados en una de las mesas de la cafetería. Habíamos pedido un café doble solo y largo de agua. La verdad, me apetecía el mío excesivamente caliente.

Según los traía una señorita a la mesa, que parecía ser muy joven, casi una adolescente, y quizás peruana, le dije a Elliot que iba a pedir un trozo de bizcocho de chocolate que había visto en la barra. Estaba apenas empezado y debía estar aún tierno.

—Tengo que comer algo, que no he probado nada sólido desde las dos del mediodía y nos quedará mucho viaje —comenté—. Y ya pago yo.

—¡Ok! Pero invita este yanqui —afirmó—. Camarera, nos sirve dos trozos de bizcocho de chocolate, pero dobles raciones —se dirigió a la joven—. ¡Por favor!

Me gustó ese detalle de educación.

Juzgaba en mi mente que se comportaba correctamente conmigo. Hasta sentía que estaba relajado el revólver en sus manos.

¡Bueno! No le des motivos para usarlo, pensé.

Me había dejado guiar a una mesa que estaba cerca de la puerta de entrada del local. No existía otra manera de entrar o salir de allí, a no ser, seguramente, por la cocina. Desde donde estábamos sentados se divisaba todo lo que sucedía en el exterior de la cafetería y Elliot era el que vigilaba.

Había recuperado su Barbour y la había depositado a su izquierda, encima de una silla vacía, y colocó ligeramente escondida su arma entre la prenda.

Dentro de los aseos pude comprobar que no llevaba la típica funda en una axila, con sus correas al hombro y por la espalda. Ni cartuchera en el cinturón. Vaya molestia llevar ese revólver a cuestas en algún bolsillo o en la cintura.

—¿Esperas visita? —pregunté—. Te he estado observando durante el viaje, sobre todo en las calles de Madrid y hasta ir prác-

ticamente solos en carretera, te preocupabas de ser seguidos por algún vehículo.

—No, no esperamos visita, pero podría ser —ahora bajó la voz—. Si fuera así, seguro que no tardaríamos mucho en estar acribillados a balazos. Solo llevo cuatro balas en el tambor, pero alguno de ellos también se iría al carajo —lo dijo imitando acento mejicano. Muy bien, por cierto, me pareció. Eso sí, inflando los mofletes y escupiendo sobre su parte de la mesa y en su café.

¿Quería acojonarme para tenerme sometido o sería verdad?

¡Qué buena pinta tenían los trozos de bizcocho! Los sirvió la camarera en la mesa y estaba deseando comer los míos.

—Elliot, ¿me vas a explicar qué pasa? A qué viene este secuestro, la huida de Madrid, esa bolsa con droga. ¿Qué es? ¿Cocaína? ¿Y qué vas a hacer conmigo?

—Mira, hombre, por partes —se acomodó en la muy incómoda silla, con un respaldo para destrozar nuestras espaldas. Me temí que iba a darme una charla y que serían poco esas raciones de bizcocho.

Pero lo deseaba. Quería una explicación, aunque fuera mentira, para prepararme mentalmente a mis próximas horas.

—¡No esperes que vaya a darte una explicación! —aquella violenta contestación me dejó helado.

Estaba algo confiado y esa frase, ese cambio de tono, me sorprendió.

Volví a temer por mi vida. No podía evitarlo, solo pensaba en que todo terminaría de malas maneras. Y, además, más pronto que tarde.

¡Joder! Cuando parecía que se relajaba la situación entre los dos y empezaba a sentirme algo tranquilo. Qué cabrón.

Traté de beber mi café antes de que se templara. Necesitaba algo de calor en mi garganta.

Me temblaban las manos.

Había dejado de mirarle a los ojos.

Por supuesto, no sería capaz de comer ni una miga de los bizcochos.

Elliot comió parte del suyo.

—En la calle Leganitos observé a alguien sospechoso para mi seguridad.

No esperaba que volviera a decirme una frase o que iniciara una conversación.

—Mi intención era coger mi coche, que tenía aparcado en la zona —continuó.

A comer un poco. Y más explicaciones.

—Por eso he entrado a ese club. Quería saber si me seguía. Si hubiera entrado detrás de mí, podía neutralizarle sin peligro. ¿Ok? Te he visto allí al entrar. No lo he pensado un segundo, te he reconocido y te he hecho salir conmigo a la fuerza para que sirvieras de escudo por si tenía que usar mi arma. ¡Por supuesto, te iba a empujar al suelo en caso de tiroteo, de verdad, créetelo! Además, no quería dar tiempo a que llegara otro nuevo hombre.

Silencio total. Empezó a beber su café, que debería estar muy frío. Y a comer del plato el bizcocho que le quedaba.

—Esto está bueno. Me gusta la repostería de este país. Ya te contaré más cosas.

No le creí nada.

¿Y por qué me explicaba ahora algo?

—¿De qué me conocías? ¡Joder! —le pregunté sin recato. Aunque me escuchara la chica de la barra.

—Tranquilo, baja la voz. Te vi tomando café antes de las cinco de la tarde con un hombre algo mayor en una cafetería que suelo frecuentar y me había fijado antes en tu Chrysler, del que descargabas unas maletas negras. Y créeme que en el club no sabía dónde tenías aparcado tu carro.

«Gorka —pensé—, ¡si es así, y si no me está contando una película, un rollo, voy a terminar muy mal!».

Mientras le escuchaba recordaba que tenía, que había tenido, una cita muy deseada en la Terminal 1. ¡Marga, preciosa!

La imaginaba saliendo por las puertas de llegadas de pasajeros al vestíbulo de la terminal, buscándome con la mirada. Nunca la



había dejado plantada en anteriores citas. Ella me había explicado, recordé, que volaban en un avión desde Atenas, pero que ya venía desde Ankara, por eso tenían que pasar por la aduana.

Temía que me llamara. No quería que lo hiciera.

Ni había sido capaz durante el viaje, ni lo era ahora de improvisar una mentira. De llamarme Marga, tendría que atender esa llamada. ¿Qué explicarle a Elliot? No me apetecía nada que supiera nada de mí, ni de los míos. ¡Los pondría en peligro!

La última vez que estuvimos juntos, ¡qué cinco noches y qué seis días más fantásticos! Inicié un viaje más de los habituales, con muestrarios por Castilla-León, para visitar a los clientes que tenía en diversas ciudades. Mi base siempre era su casa en Valladolid. Desde allí a primera hora de la mañana nos íbamos a trabajar. Ella a lo suyo y yo a lo mío.

Cerca del edificio de viviendas donde vivía Marga, existía un garaje y allí dejaba siempre el coche cargado con las maletas. No me preocupaba de nada. Así que lo tenía muy cómodo. Todo a mi favor, todo a nuestro favor.

Elliot me sacó de mis pensamientos al levantarse de la silla, cogió el Barbour sujetándolo para mantener oculto el revólver y me miró indicando que fuéramos otra vez a los lavabos.

Una vez allí dentro, sacó otra vez el dichoso paquete de cocaína, que antes había vuelto a introducir en un bolsillo, esta vez del exterior de la prenda. Repitió la misma operación de esnifar una pequeña cantidad, que le dio para una sola fosa nasal, y lo volvió a guardar en el mismo bolsillo.

Nos dirigimos al mostrador para abonar las consumiciones.

Él fue el que finalmente pagó.

—Acompáñame, que quiero ver algo. ¿Ok?

Nos dirigimos a la zona de venta de ropa. Miramos unas prendas de abrigo para la lluvia con sudadera incluida. La marca me era desconocida. Lo cierto es que eran bien baratas. Se probó una de color marrón oscuro, quitó mi americana, la cual me entregó, y se vistió. Le estaba perfectamente.

—Mira otra diferente para ti.

Hice lo mismo y elegí otra con sudadera de color gris marengo que me estaba bien y fuimos otra vez al mostrador a pagarlas. Al menos quería pagar la mía con una de mis tarjetas Visa, pero Elliot, sacando de un bolsillo de su pantalón un fajo de billetes, pagó las dos.

—¡Nada de tarjetas, hombre! No seas imprudente.

Con esa adquisición dejé de entender por qué me hizo cambiar su ropa por la mía. Parecía que improvisaba de forma irreflexiva. No era coherente con sus actos.

Los dos a la par tomamos nuestras precauciones al salir de la cafetería. Yo al menos observé, no sé para qué, a unas personas que estaban fuera de tres vehículos que aparentemente repostaban en los surtidores.

Elliot me había contagiado sin darme cuenta. Debía vigilar por mi seguridad al menos todo lo que estaba a mi vista. ¡Me estaba volviendo loco!

En mi vida me había preocupado ni tan siquiera por un posible asalto de alguien para robarme. Y más reflexionando en que por mis desplazamientos y viajes he estado en lugares y a horas donde podía haber estado expuesto a meterme en algún lío.

También, pero más alejados, había estacionados camiones, de esos largos con cajas y contenedores de 40 pies, pero no les presté importancia, toda vez que no había señal de los conductores. Las lunas de las cabinas estaban cubiertas por dentro con esos acolchados que las protegían de la luz y del frío.

Elliot, una vez estuvo fuera y acercándonos al coche, cogió su móvil e hizo una llamada.

Lo escuché con toda claridad.

—Oye, coge mi Toyota. ¿Ok? Y dirígete a la zona franca. Allí nos veremos. ¿Ok?

\*

—Déjame que ahora conduzca yo —ordenó Elliot—. No te duermas, pero descansa. ¿Ok?

—Ok. ¿Pero estás bien? Te has metido unos tiritos de esa mierda —no me callé—. Mira que no nos detecten por exceso de velocidad. Tendríamos problemas.

—¿Y tú, que has venido casi volando?

—Elliot —no le mentía—, conozco muy bien estas carreteras y me fío de mi instinto para eludir los radares. No te engaño si te digo que llevo como desde el año 1980 sin una multa por exceso de velocidad y delante de más de uno he pasado. Bueno, a estas horas es casi seguro que no encontraremos radares.

—Ok, voy bien, mejor que bien —pareció confiado Elliot.

—De todos modos, como no podré cerrar los ojos, iré atento —añadí.

\*

Llevábamos como diez minutos en la autovía y no conducía mal. Era seguro al volante y sin brusquedades con las marchas. Tenía que haberse acostumbrado a conducir vehículos sin cambios de marchas automáticas. Mi coche tenía, era de los primeros, cinco marchas hacia adelante y 120 CV en el motor. Pesaba 1.800 kilos aproximadamente, a lo que habría que sumar las catorce maletas de zapatos. Era una gozada pisarle en carreteras en buen estado.

Elliot pareció hacerme caso y no pasaba de 140 kilómetros por hora.

En el equipo de música que llevaba en el coche puse un CD de Sting. Le gustaba también a Elliot.

Nos relajábamos.

Mi mente viajó a otra parte. En como preparábamos Marga y yo nuestro escenario en su gran salón con luces tenues con solo seis velas encendidas y envueltos en música suave. Sus cenas ligeras y sus vinos. Los dos éramos amantes del buen vino tinto de denominación de origen de Toro. Allí cerca, en la provincia de Zamora.

En las caricias que nos regalábamos y en los besos. Éramos dos exploradores de nuestros cuerpos. ¡Cielos! Qué escalofrío me sorprendió. ¡Mi chica bonita!

También recordé cómo estrenamos muy apasionadamente, con una copa en la mano, un sofá de piel napada de vacuno, color blanco polar, que acababan de traerle ese día de una tienda. Marga deseaba que estuviéramos cómodos. La excusa para comprarlo fui yo. Eso me contó y yo la creí. Por qué no.

Me hacía muy dichoso el recordar.

¡Me hacía más dichoso el pensar que teníamos que repetir! Lo íbamos a repetir hoy. ¡Qué mala suerte la nuestra!

No me dio la gana de decirle a Elliot que estando cerca de un desvío hacia Riaza y tomándolo nos conduciría a Soria, donde podríamos coger otra carretera para ir a Zaragoza.

No sé por qué lo hice si solo deseaba que me dejara libre.

Era la ruta más lógica, pero no la más adecuada. Mi intención, a esas horas de la noche, era viajar hasta Aranda de Duero y dirigirnos desde allí a Soria. Pensaba que debíamos dormir algo. En esa localidad hay un hotel que conozco de otras ocasiones y que tiene su garaje cerrado.

Así se lo expliqué y asintió con la cabeza. Me daba la impresión de que pensaba lo mismo que yo respecto a dormir.

Escuchando música, fumando cigarrillos los dos de vez en cuando, también tenía él ese vicio, atentos a la carretera y sin hablarnos, llegamos cerca de Aranda de Duero.

Mi costumbre, durante años y viajando solo, era fumar puros habanos. Labor Robustos de Cohiba cuando los conseguía a buen precio. Tenía una cierta relación de amistad tiempo atrás con una azafata de vuelo que hacía prácticamente todo el año Madrid/La Habana/Madrid. Me conseguía esa labor en origen. Eran los proveedores suyos en Cuba de toda confianza. Pero no llevaba ninguno a mano. Estaban guardados en mi ataché, dentro de dos petacas de piel negra. Seis en total había preparado para esa semana que iba estar lejos de casa. Estaban en la parte de

atrás del coche. Con Marga no iba a poder, pero si había ocasión fumaría.

Me vino a la memoria. Dentro de mi equipaje llevaba unos regalos para Marga. Sus cumpleaños eran un 18 de agosto y nunca teníamos la oportunidad de vernos en esa fecha. Sabía que le gustaría mucho una familia de cinco búhos de plata para su casa. Dicen que traen felicidad y buena suerte a los hogares.

Y llevado de mi entusiasmo hacia ella, también le compré otro búho más grande en una tienda de antigüedades. Era precioso. Había servido de empuñadura para un bastón y parecía muy antiguo. Como tal me lo vendieron. También de fundición en plata maciza.

Pensaba que ya estaba bien de regalarle bolsos de piel. No sabía cuánto tiempo llevaba haciéndolo. Todo empezó hace unos años, cuando hizo insinuaciones por un bolso de esos para los médicos y de diseño como antiguo en un viaje que hice a Milán y a Florencia. Tendría que encontrarlos allí. Pero no tuve suerte. Lástima.

—¿Por qué a Burgos? —me sorprendió—. Solo quería salir de Madrid lo antes posible y por la que me parecía menos complicada de tráfico dentro de esa ciudad. ¡Pero tranquilo! —debió adivinar mi subida interna de cólera—. Iremos a Zaragoza, allí tengo un piso. Pero antes hay que hacer un trabajito por aquí. ¿Ok, Gorka?

Me sorprendió, no sé cómo conocía mi nombre. ¿Quizás de mi móvil? Mi documentación la llevaba yo en un bolsillo de mi pantalón, y en ningún momento se había abierto la guantera del coche. No adivinaba cómo lo conocía.

—¿El individuo que te he contado ver en la calle Leganitos, piensa?

—¿Casualidad? —no supe qué decir.

Elliot encendió otro cigarrillo.

Susurrando, como si no quisiera que le oyera.

—Lo primero que deduje al ver al colombiano fue, como poco, ya estoy marcado, me ha descubierto —se interrumpió él solo, sin razón aparente.

—Entiendo perfectamente, Elliot. Venga, vamos a un hotel que frecuente —ya me descaré.

—Espérate. Tengo otros planes para ti. ¿Ok? ¡Y dormir aquí dentro!

Qué mierda con tanto ok. Me estaba hartando. Este tío no se fiaba de mí. ¡Tócame lo que tengo de santo!, pensé, pero yo tampoco me sentiría seguro durmiendo en una cama con este cabrón y su arma en otra cama al lado. Yo duermo como un tronco. Pero estaba tan desorientado, y mucho, por esta experiencia, que unas veces deseaba dormir, aunque fueran tres horas y después darme una buena ducha caliente, tomar un buen café y seguir viaje, que ni me planteaba esa opción y me daba igual no dormir, ni ducharme, ni beber café.

Me sentía desorientado y angustiado. Si tuviera la certeza de que me iba a dejar tirado por ahí muerto con un tiro en la cabeza, llevaría muchos kilómetros tratando de buscar una solución a la desesperada. No sé, provocar un accidente, que era lo más viable. Porque con la corpulencia del yanqui, tratar de desarmarle o inmovilizarle era impensable. Además, no me había dado facilidades hasta ese momento.

Es que a la vista de cómo estaba la situación conmigo, ¿sería asesinado? ¿O hasta solo serviría de un compañero de viaje para llegar a algún sitio? ¿O cómplice de algún asunto turbio?

Como quedaría muy claro en lo sucesivo, Elliot demostraría que mentía o iba cambiando todo lo proyectado. Y lo más inquietante, por órdenes de otras personas que lo manipulaban.

Según le iba escuchando desde hacía ya ni sabía el tiempo, tuve la certeza de que era un mentiroso. Un gran mentiroso. Lo apreciaba. Se lo notaba en cómo desarrollaba sus explicaciones.

Era lo mismo que yo llevaba años haciendo, engañar. Teníamos parecidísimos trucos en la dicción.

Enredaba a Laura, a mi familia, a mis amigas, a mis amigos. Embaucaba a algunos clientes y a fabricantes. En alguna ocasión a Marga. ¡Mierda!

Me daba vergüenza, por primera vez, verme reflejado en él. ¿Cuántas veces habré quedado en ridículo sin darme cuenta? Que no me lo hicieran saber por educación. ¡Qué absurdo proceder en mi vida!

¿Podría enmendarme en el futuro?

Y yo tendría que estar pasado mañana en León, trabajando.

Tal día como el que estaba a punto de amanecer lo reservábamos Marga y yo para nosotros. Aunque perdida esa preciosa y erótica posibilidad, pensaba en cómo empezar a anular citas de trabajo alegando vaya usted a saber. ¿O tendría aún la posibilidad de verme en León dentro de veintiocho horas y realizar todo lo previsto para el resto de semana?

¡Hostias! Y Laura, mi mujer, en Madrid, esperando que la llame por teléfono. A esta hora dormida, lógicamente, pero y cuándo se despierte. ¡Ve pensando, macho! Puede pasar de todo. Que la engañe con alguna excusa, pero de momento. ¿Y si llama el cliente de León pasado mañana a mi casa?

Parece cierto, así sucede a menudo, que cuando empiezan a torcerse las cosas, van complicándose aún más. ¡Esto me iba a suceder a mí!

Me decía a mí mismo hacía horas que si tuviera la oportunidad de llamar por teléfono a Laura o a Marga, que aún no habría llegado a su casa seguramente, pediría socorro a alguna de ellas. O llamar a alguna hermana o hermano. ¡Joder! Todo el mundo en la cama durmiendo. Qué considerado soy. ¡Seré tonto!

Tenía definido el mensaje que iba a decir: «¡Escucha bien, me ha secuestrado un cabrón y va armado con un revólver!». Podía añadir que con, solo cuatro, cuatro balas. ¿Y si no es verdad? «Vamos los dos en mi coche camino de Soria, desde la A-1. ¡Avisa a la Policía o a la Guardia Civil!».

Más angustia y zozobra en mi cabeza. Mi móvil lo seguía teniendo Elliot. Y aunque me lo devolviera, ¿encontraría la ocasión? No solo para llamar, sino para tratar de enviar un mensaje con lo lento que soy para escribir en esos chismes tan modernos. La

zozobra que menciono me llegaba hasta las piernas. Recuerdo aún esa sensación. ¿Se puede hacer alguien idea de mi estado?

Aún lo experimento cuando me recuerdo en aquella situación de las primeras horas de mi secuestro.

Estaba sintiéndome, de alguna manera, solidario con Elliot. Confiaba en que estando los dos juntos seguiría vivo.

Quería sentir que no se iba a desprender de mí. Pero no sabía qué horas y acontecimientos me esperaban.

Lo que empezaba a tener muy nítido era lo que iba a suceder si no daba señales de vida con los míos.

Con Laura, que empezaría a preocuparse al hacerse de día. Y llamaría a la Guardia Civil y a los hospitales.

Marga, que esperaba que la llamara en algún momento. Conocedora de que al menos tenía que estar trabajando cerca de Valladolid. Incluso tenía que visitar clientes en esa ciudad. O al menos que le diera a ella alguna explicación.

Clientes que estarían esperándome y con los cuales ya tenía citas con fechas y horas.

Fabricantes que esperarían cifras y resultados de las ventas.

Cómo mentiría a todos.

¡Mentir, mentir! ¡Qué asco sentía!

Ya contaba con que Laura daría por seguro que, estando vivo, habiendo conversado por teléfono conmigo hacía unas horas y abandonando mi agenda de trabajo, es que tendría una aventura. Que había perdido la cabeza por alguna otra mujer. Bueno, déjalo ahí, solúcionalo como puedas después.

Presentía que Laura desde hacía tiempo esperaba algo así de mí. Yo, al menos en mi interior, tenía mala conciencia. Qué cara más dura tengo.

Y no me arrepentía.